

La foto

Victoria Pérez Esquivá

Durante el funeral de la madre de Max todos estuvieron de acuerdo: «Max era un buen chico con mala suerte».

Max era el chico que caminaba solitario por las tardes, con pasos blandos y lentos, ocultándose entre las sombras húmedas de los árboles cuando se cruzaba con alguien. Era el muchacho al que se pegaban las hojas en otoño, los perros vagabundos y los chiquillos aburridos en verano. Era el único que nunca olvidaba pasar junto a la casita de la niña Julia para dejar una naranja en su ventana.

Y la niña Julia lo miraba.

Max nunca se juntaba con otros chicos. Tenía diecisiete años y no tenía padres. De su madre recordaba una larga enfermedad, el olor a medicinas y la penumbra de su dormitorio.

De su padre no sabía nada. Pero tenía una foto que siempre llevaba en el bolsillo. Era una vieja foto, medio rota. En la foto apenas se distinguía una figura oscura junto a un árbol. Podría haber sido el padre de cualquier otro. Podría haber sido el padre de la niña Julia. Pero Max decidió que sería su padre, y cuando encontró la fotografía en una cesta de naranjas la envolvió en una servilleta de papel que impidió que el olor se fuera.

El pueblo de Max dormía aburrido en la rutina. Apenas despertaba cada mañana para dar un largo bostezo que duraba todo el día, hasta que sus habitantes volvían a apoyar sus cabezas sobre la almohada, sin preguntarse si era posible vivir otra vida.

Nadie esperaba nada nuevo. Max sí.

Y entonces hizo algo.

Bajó al pueblo una mañana y entró en

la tienda de revelados de la señorita Dolores. Abrió la puerta haciendo sonar las campanillas.

La señorita Dolores apoyó los brazos sobre el mostrador como si fuera a saltar por encima y le sonrió inclinando un poco la cabeza hacia la izquierda. Su ojo derecho se torcía hacia afuera y ella pestañeaba más de la cuenta para disimular ese defecto.

Max sacó la foto del bolsillo y la dejó en el mostrador.

—¿Puede ampliarla? —preguntó.

La señorita Dolores acercó mucho la foto a su cara. Su pelo parecía un nido de pájaros pringado de resina. La laca lo hacía brillar más de la cuenta.

—No creo que merezca la pena. La foto no está bien, ¿quién es? —preguntó inclinando la cabeza hacia el otro lado para compensar el giro que acababa de dar su ojo.

—Mi padre —murmuró Max.

—Ah, claro. Un recuerdo de familia. Por cierto, sentí mucho lo de tu madre.

—Gracias.

—Haré lo que pueda —dijo la señorita Dolores guardando la foto en una bolsita de plástico transparente.

Max volvió una semana después. La señorita Dolores le esperaba con un sobre cerrado.

—Estás de suerte —le dijo—, no ha quedado del todo mal.

Max abrió el sobre apresuradamente y sacó la foto. La ampliación era borrosa, pero podía distinguirse un hombre con sombrero y un traje de rayas finas. El hombre sonreía a la cámara. Tenía una mano metida en un bolsillo de la chaqueta, el pulgar colgaba por fuera. Con la otra mano rozaba el ala del sombrero,

como si estuviera a punto de quitárselo. Max sintió que no lo hubiera hecho. La luz fragmentada por las hojas de los árboles le cuarteaba la cara. Max movió la fotografía de un lado al otro, como para apartar las sombras. La señorita Dolores se apoyó sobre los codos y torció la cabeza todo lo que pudo.

—Bonito traje —dijo. Su ojo derecho se había desviado hacia un lugar imposible—. Tenía clase tu padre, ¿eh? Como esos turistas que vienen del norte.

Max atrapó esa frase como una polilla.

—Él vino del norte —dijo—. En un coche azul. Me lo dijo mi madre.

—En un coche azul ¿eh? Vaya, vaya, esta sí que es una buena historia, —dijo la señorita Dolores sin dejar de mirarlo.

—Supongo que sí, —contestó Max incómodo.

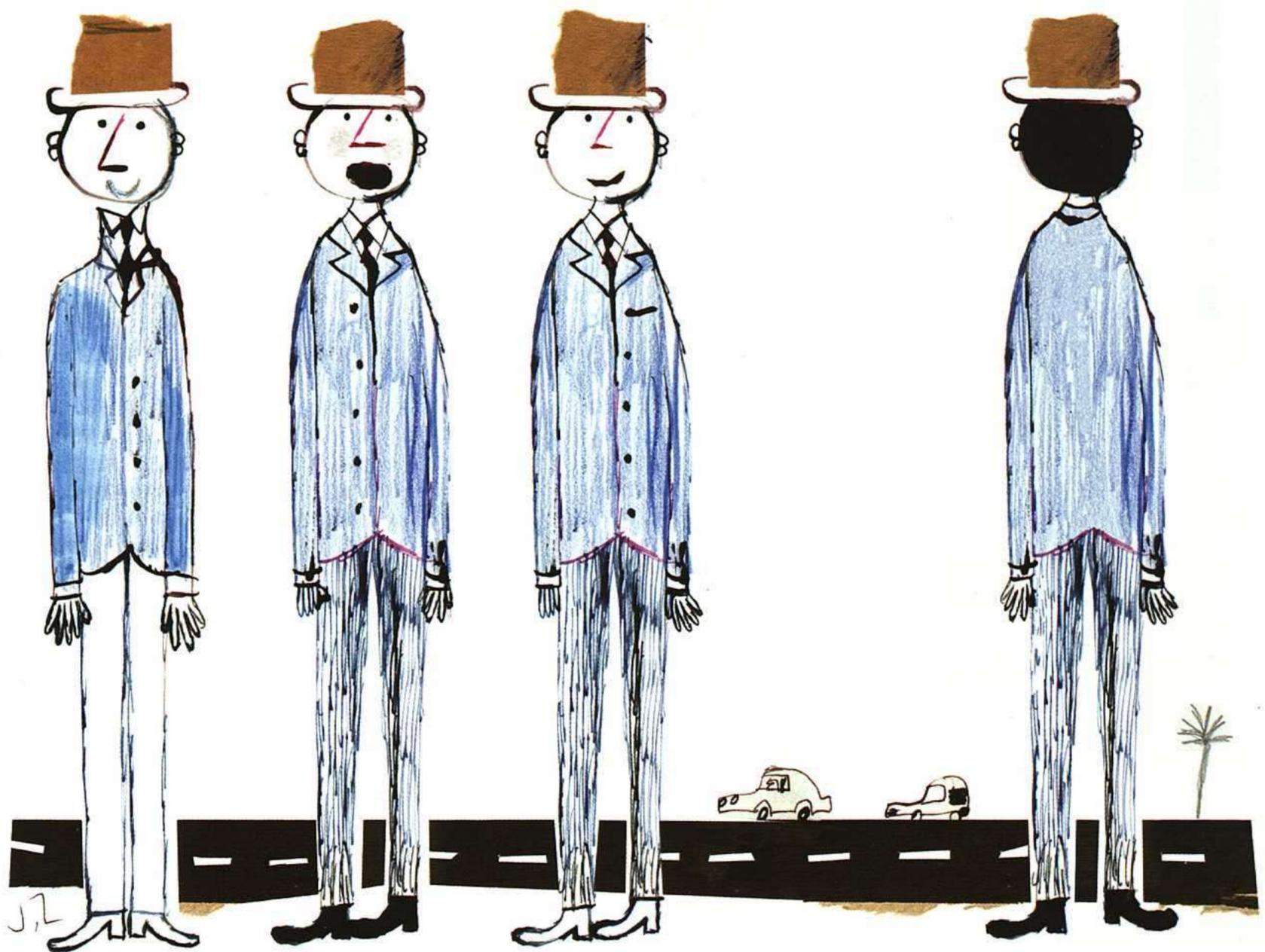
Los dos se quedaron en silencio un largo rato. La señorita Dolores fue a decir algo, pero en lugar de eso sonrió enseñando los dientes. Tenía una mancha de carmín en uno de ellos. A Max le ardía la cara.

—Era guapo, sí señor, guapo y con clase, lo recuerdo perfectamente —dijo ella de pronto—, pero el coche no era azul sino plateado. El coche de un hombre rico. También te lo diría tu madre.

Max la miró y se dijo que no era ni muy joven ni muy vieja, con una vida gris que se ahogaba entre fotos de colores.

—Sí, era plateado —la voz de Max vaciló—. Mi padre se enamoró de mi madre y no le importó todo eso. Lo que quiero decir es que no le importaba que mi madre no fuera del norte.

—Sé lo que quieres decir —dijo ella



JAVIER ZABALA.

volviendo a sonreír—. Quieres decir que se casó por amor.

Max asintió con la cabeza.

—Sí, y también me dijo que antes de casarse había conocido a alguna chica de aquí y la había besado. Pero eso fue antes de casarse.

La señorita Dolores rio abiertamente.

—Es verdad. Besó a una chica de aquí —dijo ella.

Entonces sacó una lupa de aumento que se colocó en el ojo inmóvil y se inclinó sobre la fotografía.

—Aunque puede que fuera él, o puede que no, —murmuró levantando la cabeza. Una arandela color rosado rodeaba su ojo.

—Y puede que lo del beso sea verdad, o puede que no, —dijo Max.

La señorita Dolores pasó un dedo por la foto y se detuvo junto a la cara que sonreía.

—Era un chico listo, como tú.

Max guardó la foto en el sobre y abrió la puerta. Las campanillas sonaron sobre su cabeza.

—Él me besó —dijo la señorita Dolores, alzando la voz antes de que Max saliera.

—De eso estoy seguro —contestó Max.

Y Max volvió a su casa, y dejó una naranja en la ventana de Julia.

Y la niña Julia le miró.

Max esperó unos días antes de volver a bajar al pueblo. Lo hizo cuando estuvo seguro de que la señorita Dolores se lo habría contado todo a la señorita Sara, la dueña de la mercería. Así que entró con la excusa de comprar unos botones y dejó que la señorita Sara le arrastrara hasta un viejo almacén donde se amontonaban gruesos rollos de telas de colores. La señorita Sara se deslizaba como ca-

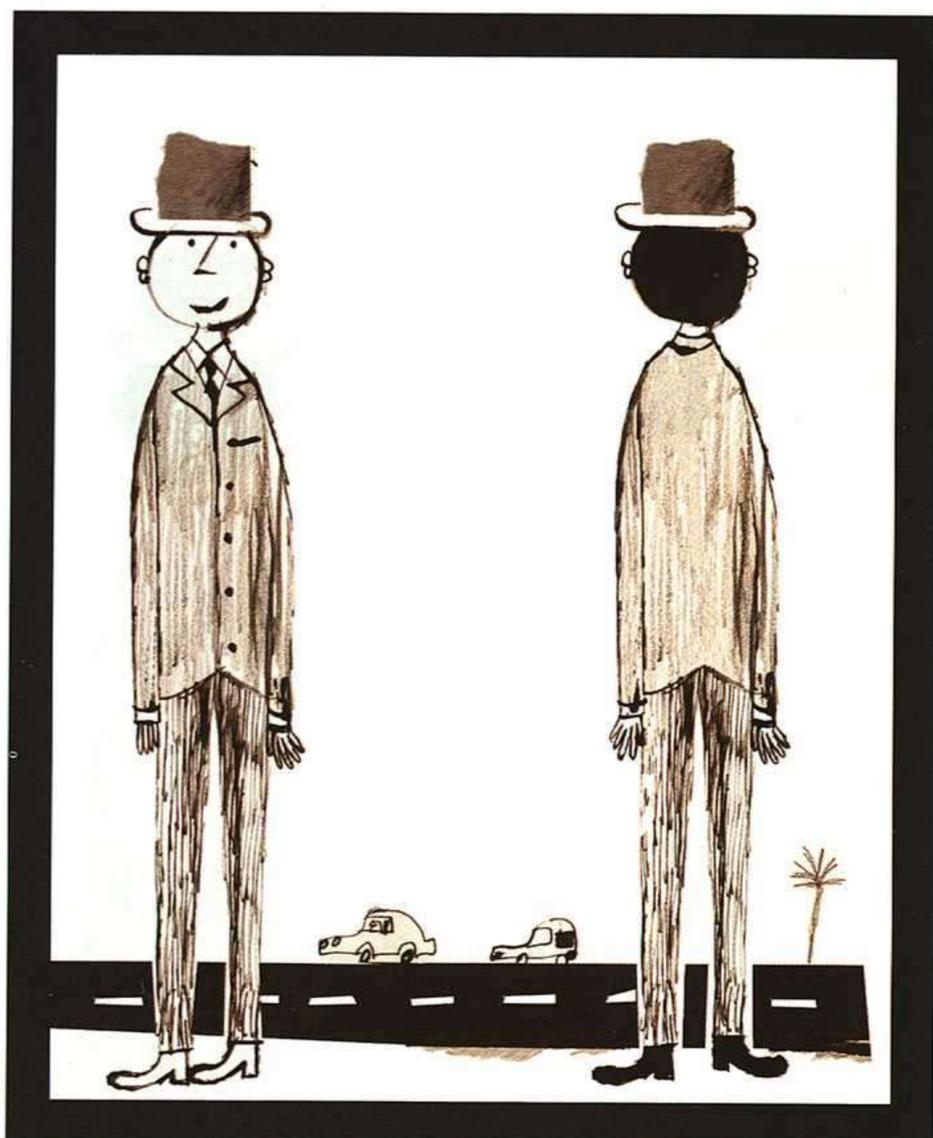
minando sobre ruedas ocultas y su voz era suave como las telas que manejaba. Le mostró a Max un rollo de tela azul con rayitas blancas con la que ella misma había confeccionado el traje.

—El traje de la foto —susurró acariciando la tela—. Lo forré con una seda italiana que mandé traer especialmente para él. Lástima que no me quede ni un centímetro para enseñártela.

Max pensó que la señorita Sara era ese tipo de mujer que bajaba cada noche al almacén, a ensayar voces falsas y acariciar sus telas, a sumergirse en ellas como si fueran espuma de champán, y fiestas y confeti y suelos brillantes como espejos. Ese tipo de mujer que se cosía vestidos de fiesta que nunca usaría.

—Nunca he vuelto a hacer otro igual —se lamentó ella—. ¿Quién iba a querer un traje como aquél sino tu padre?

—Yo lo querría —dijo Max.



JAVIER ZABALA.

—¿Con chaleco? —dijo ella.

—Con chaleco.

La señorita Sara le tomó las medidas y las apuntó en un papel rosado que sacó de un cajón. Max prometió no contarle a nadie que le haría un traje y quedaron en que bajaría los dos jueves siguientes y entraría por la puerta trasera.

—Encargaré la seda hoy mismo —dijo la señorita Sara.

Max volvió a su casa por un camino distinto, pero se desvió para dejar una naranja en la ventana de Julia.

Y la niña Julia le miró.

Max esperó dos semanas, hasta que estuvo seguro de que la viuda que trabajaba en Correos habría recibido un paquete para la señorita Sara. La viuda habría abierto el paquete y después de cerrarlo no habría tenido que esforzarse mucho para sonsacarle todo a la señorita Sara.

Entonces Max bajó a la tienda, pero antes pasó con aire distraído frente a los largos ventanales de la oficina de Correos, observando su propio reflejo en el escaparate. La viuda golpeó el cristal desde dentro varias veces con los nudillos y le hizo señas para que entrara.

No había muchas cosas que ella pudiera contarle sobre su padre. Su vida eran los sobres cerrados, las caras páli-

das con una dirección escrita, algunas sin remite. La viuda tenía unos labios muy finos, plegados como una hoja de papel, y llevaba el pelo recogido en un moño tirante y negro como la tinta.

—¿Llevas la foto de tu padre? —le preguntó.

Max sacó la foto ampliada.

—¿También lo conoció? —dijo.

La viuda asintió silenciosa.

—Tal vez lo vio por aquí algún día.

—Sí. Varias veces —contestó la viuda.

—Creo que recibía muchas cartas. Algunas del extranjero ¿verdad?

—Cartas de todo el mundo. Y todas llegaban aquí. Se notaba en la letra. Es fácil adivinar cosas por la letra.

—Eso es muy interesante, —dijo Max. Los dos susurraban sin saber por qué.

—Si me traes una carta de tu padre podría decirte cosas sobre él, —dijo ella sonrojándose.

Max prometió que así lo haría. Y de camino a su casa olvidó dejar la naranja en la ventana de la niña Julia. Pero al día siguiente lo recordó y dejó dos.

Y la niña Julia lo miró.

El pueblo dejó de bostezar, abrió los ojos y miró la foto que guardaba en su bolsillo ese buen chico con mala suerte llamado Max.

Era una vieja foto, medio rota. En la foto apenas se distinguía una figura oscura junto a un árbol. Podría haber sido el padre de cualquier otro. Podría haber sido el padre de la niña Julia.

Pero era el padre de Max.

Todo el mundo recordaba al padre de Max, porque era ese tipo de hombre al que todos querían dar algo sin que él lo pidiera.

Le dieron un nombre, Max. Un enorme coche plateado. Un traje a rayas forrado de seda. Venía de una buena familia del norte. Y había besado a la señorita Dolores. Y cuando acabó el verano el padre de Max había sido el hombre más popular del pueblo.

El nombre de Max viajaba de una boca a otra y se esparcía y crecía como el trigo, ocupando cada vez más espacio. Todos habían despertado para recordar aquello que jamás habría sucedido en sus vidas, a no ser por el padre de Max. Y todos estuvieron de acuerdo en que Max era un chico muy afortunado por haber tenido un padre como ése.

Y una mañana de otoño en la que el goteo de las hojas sobre la hierba sonaba como una esponja, Max se puso un sombrero y una chaqueta a rayas a juego con un chaleco forrado en seda, sacó brillo a una pequeña maleta de piel marrón, subió a una furgoneta de color plateado que había pintado él mismo y condujo a través de las calles, haciendo rugir el motor con un sonido blando y lento. Su cara cambiaba con la luz que se colaba entre las sombras húmedas de los árboles. Las ruedas se deslizaban sobre las hojas otoñales con un sonido de gato, mientras una horda de chiquillos rápidos como ratones lo seguían escondiéndose de árbol en árbol.

Llevaba una vieja foto en el bolsillo, medio rota.

En la foto, había una figura oscura junto a un árbol. Podría haber sido el padre de cualquier otro. Podría haber sido el padre de la niña Julia.

Eso pensó la niña Julia cuando encontró la foto que Max había dejado en su ventana debajo de una naranja, antes de irse.

Sí, era posible, se dijo. Y cuanto más la miró, más se convenció de ello.